

LA RAÍZ DE TODOS LOS MALES

La Iglesia de Dios de la Fé de Jesús

Tomo: IV, No. 158

LA RAIZ DE TODOS LOS MALES

“Porque el amor del dinero es la raíz de todos los males; el cual codiciando algunos, se descaminaron de la fé y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Timoteo 6:10)

¿Es malo el dinero? ¿Se perderán los ricos? ¿Es bueno atesorar el dinero? ¿Qué es la codicia? ¿El dinero es necesario o indispensable? ¿Qué concepto debe tener el cristiano sobre el dinero? ¿Qué posición adoptó Jesús sobre el dinero?

El dinero en sí no es malo ni bueno, es simplemente un elemento material ya sea metal o papel, que garantiza el valor determinado de las cosas y facilita la obtención o enajenamiento de bienes y servicios.

Lo malo o lo bueno determina el uso o el destino que se dé al dinero. Con dinero se puede obtener un veneno, un arma o un vicio; lo mismo que alimento, vestido o comodidad.

El pasaje bíblico citado, no dice que la raíz de los males sea el dinero, sino **“El amor al dinero”**. El amor al dinero es lo que ha hecho que algo tan útil y necesario se haya convertido en objeto de codicia, de discordia, de envidia de guerra, de crimen, y consecuentemente de condenación y muerte.

— LO MALO DEL AMOR AL DINERO —

¡Cuánto daño! se han causado los hombres en todos los tiempos por la avaricia desmedida y la obtención ilícita de riqueza y dinero.

La Biblia le llama a este pecado de codicia **“Concupiscencia”** y lo señala como la causa de los pleitos y las guerras entre los hombres. (Santiago 4:1-3). Quienes aman al dinero, se olvidan de todo y concentran en él su pensamiento, mismo que puede ser simbolizado con un signo de pesos.

Jesucristo dijo que donde estuviera el tesoro del hombre ahí estaría su

corazón (Mateo 6:21). Pablo aseguró a los Efesios que la avaricia es idolatría (Colosenses 3:5). Y los avaros no tienen herencia en el reino de Cristo y de Dios (Efesios 5:5).

El dinero puede comprarlo todo, menos lo más importante. Las comodidades temporales, los placeres, los lujos, los privilegios, las posiciones y todo lo que hay en el mundo, se puede obtener con dinero. Pero lo espiritual y lo eterno no hay posibilidad de comprarlo. Nadie puede pagar por la salvación de su alma, por el perdón de sus pecados, por la vida eterna o por la paz de Dios.

Se ha dicho que: Se puede comprar una casa, pero no un hogar. Un templo, pero no el cielo. Un remedio, pero no la salud. Un hospital, pero no la vida. Un concepto, pero no un hijo. Placeres y lujos, pero no la felicidad. Un seguro de vida, pero no un seguro contra la muerte. Etc.

Un Rico se acercó a Jesús con esta pregunta: **“¿Qué bien haré para tener la vida eterna?”** Díjole Jesús: **“Si quieres ser perfecto, anda vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; y ven sígueme”**.

Pero aquel personaje prefirió conservar su tesoro terreno. Él nunca imaginó que Jesús le pediría todo. Él creía que la vida eterna era barata, más o menos una ganga que él podía pagar. Seguramente se había engañado creyendo que Jesús tenía un precio y que, si le pedía una ofrenda, o un Templo, o una donación, o una renta fija, o un apoyo para promover su obra, él lo haría y se ganaría no solamente la vida eterna, sino la más alta ponderación de Jesús frente a los demás. Sin duda fue más su desconcierto que su tristeza, cuando el Señor mostró el peor de los desprecios por sus riquezas, ni siquiera mostró el más leve interés por su dinero, sino que le pidió que lo obsequiara a los pobres que jamás le habrían de corresponder. Él no había pensado quedar en la indigencia, sino aumentar sus bienes. Él quería la vida eterna como otra de sus posesiones.

Esa es precisamente la mentalidad de los grandes financieros, no gastar, sino invertir. No restar, sino sumar, multiplicar, capitalizar, crecer, progresar, acumular, tener más y más. Ser mejores los tiene sin cuidado. La oración del necio es: “Señor quítame lo pobre, que todo lo demás con dinero no se nota”.

“El tiempo es oro”, dicen los hombres de negocios, no lo pueden perder en atender lo espiritual. Ellos pueden dar algo a condición de que se les devuelva en publicidad; ya sea llamándolos benefactores, filántropos, mecenas o que al menos se les haga el reconocimiento u homenaje público, con una mención honorífica, un título, un pergamino o una medalla, pues su dinero les ha costado.

Por todo ello Jesús dijo: **“Difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos”**. (Mateo 19:16-21-24).

Salomón el más rico de los hombres de su tiempo aprendió mucho sobre el valor de las cosas y nos legó sus experiencias asentándolas en sus escritos.

“Mejor es lo poco con el temor de Jehová, que el gran tesoro donde hay turbación” (Proverbios 15:16). **“Mejor es lo poco en justicia, que la muchedumbre de frutos sin derecho”** (Proverbios 16:8). **“Mejor es un bocado seco, y en paz, que casa de contienda llena de provisiones”** (Proverbios 17:1). **“Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, que de buey engordado donde hay odio”** (Proverbios 15:17). **“Más vale un puño lleno en descanso; que ambos puños llenos con trabajo y aflicción de espíritu”** (Eclesiastés 4:6)

Hay cosas más importantes que todo lo que puede obtenerse con dinero. En efecto se pueden comprar manjares, pero no se puede comprar apetito. Y de qué sirve la más lujosa cama si el sueño sólo lo da Dios, y con buen sueño se puede dormir hasta en cama de piedra. Hay cosméticos y perfumes carísimos, pero ni el más fino, puede quitar la vejez, o la calvicie o mantener la juventud. Se puede pagar una gran servidumbre y obtener que médicos abogados, maestros, técnicos, policías y toda clase de prestadores de servicios estén a nuestras ordenes si podemos pagarlos. Pero ningún dinero puede comprar el afecto, la amistad, el respeto y la preocupación de los demás hacia nosotros.

Las mejores cosas, aquellas que hacen digna de ser vivida la vida; son gratis, o mejor dicho es un regalo del creador, el Sol, el aire que respiramos, el verdor de los campos, el día, la noche, el mar, la tierra, el frío, el calor, el latir del corazón, la infancia, la juventud, la madurez, la senectud, etc., etc.

Somos nosotros los que a todos los dones de Dios les hemos puesto precio, y debiendo obtener sin costo todos los satisfactores de la vida, los hemos hecho objeto de tráfico y de comercialización al grado de guerrear y consumir nuestra propia vida en trabajos, afanes y competitividad, para obtener unos lo estricto, y otros los más jugosos y pingües beneficios. Así nos hemos construido límites de separación bien demarcados, siendo unos los pobres y otros los ricos y entre ambos los casi pobres y los casi ricos llamados “Clase media”. Así nos hemos hecho diferentes unos de otros y la unidad y la igualdad social se ha convertido en utopía.

Todos necesitamos dinero, y esta es una necesidad creada por nosotros mismos. El mundo moderno no puede funcionar sin dinero. La crisis en que están inmersas las naciones es de carácter financiero, todos los males de todos los pueblos tienen como causa común el fracaso de sus economías. Todos los gobiernos tienen maquinaria especializada para hacer dinero de metal y de papel, pero el dinero sigue faltando. Resulta que el dinero también se compra y se vende y el mercado de dinero y el precio del mismo está contratado por unos pocos países

ricos que han trastornado gravemente las finanzas del resto del mundo. Los hombres crearon un monstruo poderoso llamado dinero que ha quedado fuera de su control y ahora se les enfrenta y nadie ha encontrado la forma de parar ésta amenaza letal y ruinosa.

Dinero es el signo, dinero es la consigna, dinero es el ideal, es la meta, es la aspiración universal, quien no lo tiene o no lo ha podido obtener se considera un fracasado.

“El amor al dinero es una triste realidad” Quienes aman al dinero son: Los monopolistas, los encarecedores, los agiotistas, los agentes de bolsa, los que manejan las casas de juego, los especuladores, los asalta bancos, los que roban y matan por dinero, los narcotraficantes, los explotadores de hombres, los tratantes de blancas, los dueños de casas de vicio, los que obtienen ganancias ilícitas, quienes ocultan alimentos para encarecerlos, los que lucran sin tasa, ni medida, los que trabajan por ser ricos, aquellos que le dan prioridad a lo que les deja algo, los que se olvidan de ser mejores y solamente luchan por tener más.

No seamos de aquellos que, por amar al dinero, han perdido el camino de la fé y ahora sus dolores los traspasan. (1 Timoteo 6:10).

*de Dios de la
fé de Jesús*

**E.M.I.D.
EMISIONES MESIANICAS DE LA
IGLESIA DE DIOS DE LA FE DE JESUS
hemeroteca@emid.org.mx**